



■ **ideología**



Arrepentidos

Los primeros neocons

por **José M. Roca**

Editado por La linterna sorda, José Manuel Roca ha publicado el libro *La reacción conservadora. Los neocons y el capitalismo salvaje*, del que el presente artículo es un significativo fragmento. En él, Roca narra cómo y por qué aparecen los primeros neocons, y reflexiona sobre las contradicciones entre el conservadurismo y el neoliberalismo.

Los conocidos hoy como neoconservadores, que junto a viejos conservadores y cristianos renacidos tanto han influido en los últimos gobiernos republicanos, forman una corriente política que en su origen no procedía de los habituales caladeros de la derecha norteamericana, sino de medios ilustrados urbanos comprometidos con los problemas sociales.

Procedentes de la izquierda, defendieron la democracia frente al fascismo y las dictaduras, fueron antitotalitarios y, por ende, antiestalinistas; con el pacto nazi-soviético devinieron antisoviéticos y durante la guerra fría se ubicaron en el campo del anticomunismo. Fueron, pues, conservadores nuevos, que, movidos en muchos casos por la fe de los conversos, lograron formar una importante corriente de opinión en la derecha estadounidense.

Aunque su ascendiente en la política norteamericana ha llevado en los últimos años a la segunda generación de *neocons* a las primeras planas de la prensa, este texto se ocupa de la primera generación, de aquellos que junto a filósofos y pensadores políticos de otras tendencias, como Russell Kirk, Leo Strauss, Alan Bloom y Samuel Huntington, propagandistas como William F. Buckley, economistas como Milton Friedman, juristas como Lewis F. Powell y dirigentes de asociaciones religiosas como Jerry Falwell, Pat Robertson y Billy Graham, prepararon el terreno para el triunfo electoral de Ronald Reagan y el inicio de la larga etapa de hegemonía conservadora.

Arrepentidos

La generación de los pecadores arrepentidos, de los primeros izquierdistas desencantados tiene como pioneros a Max

Eastman (1883-1969), Sidney Hook (1902-1989), Max Shachtman (1903-1972), James Farrell (1904-1979) y James Burham (1905-1987), entre otros, a los que siguen en edad Mary McCarthy (1912-1989), Albert Wohlstetter (1913-1997), Daniel Bell (1919), Irving Kristol (1920-2009), Irving Howe (1920-1993), Melvin Lasky (1920-2004), Nathan Glazer (1924) y Norman Podhoretz (1930), entre otros¹.

En años de aguda confrontación política e ideológica entre el liberalismo, el fascismo y el comunismo, y entre el estalinismo y el naciente trotskismo, los neoconservadores crecieron en ambientes intelectualmente estimulantes y se adiestraron en la controversia en asociaciones estudiantiles izquierdistas, lo que cualificó a muchos de ellos para ejercer como editores, comentaristas políticos y profesores de ciencias políticas y sociales. Como jóvenes de izquierda se sintieron afectados por el debate sobre el futuro del capitalismo tras la crisis de 1929 y por la inminencia de la guerra y las posibilidades de la revolución.

¿Había llegado el capitalismo a su máximo desarrollo y empezado su declive? ¿Era la gran depresión en el país capitalista más dinámico la expresión más clara de la crisis de todo el sistema? ¿Había llegado el vaticinado derrumbe; la última y definitiva crisis del sistema capitalista? ¿Estaban maduras las fuerzas sociales de la revolución? ¿Estaba el socialismo, como alternativa, al alcance de la mano? ¿O su futuro aún dependía del enfrentamiento con el nazi-fascismo, el último bastión del capitalismo?

En el contexto del ascenso del fascismo en Europa, de la intervención estatal en el campo económico, que iba desde el *New Deal* a la militarización de la economía en la Alemania de

Hitler y en el Japón de Hiro Hito; del rearme y de las tensiones que precedieron a la II Guerra mundial, la izquierda se vio sacudida por la rapidez y complejidad de los acontecimientos, confundida en sus opciones y dividida en sus lealtades.

En la Unión Soviética, el debate habido en los años veinte dentro del Partido Comunista sobre la posibilidad de construir el socialismo en un solo país puso sobre el tapete la naturaleza del Estado soviético y el destino de la URSS, así como la función dirigente del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) respecto a los partidos adheridos a la III Internacional. Pero el gran debate tuvo un trágico desenlace en la depuración del Partido a finales de los años veinte y, sobre todo, en las grandes purgas de 1936-1938, con las que Stalin se deshizo de miembros del Comité Central que le hacían sombra, de miles de comunistas de primera hora y de altos mandos del ejército, lo que, en la antesala de la guerra, dejó a la URSS en situación muy precaria desde el punto de vista defensivo.

Este fue uno de los motivos de los giros del PCUS en política exterior que confundieron a la izquierda, pues el autoinvestido partido guía de la revolución mundial, tras haber señalado a los partidos socialistas como enemigos de clase –socialfascistas– en 1929, pasó, en 1935, a propugnar alianzas con ellos y con partidos de la burguesía democrática, en los frentes populares interclasistas contra el fascismo y el nazismo, y sólo cuatro años después estableció un pacto con el III Reich, plasmado, en agosto de 1939, en el acuerdo Ribbentrop-Molotov. Para mayor confusión, el pacto no respondía sólo al deseo soviético de frenar al III Reich ante la pasividad de Inglaterra y Francia con la expansión hitleriana, pues, mientras la *Wehrmacht* invadía Polonia occidental precipitando el comienzo de la segunda gran guerra, el ejército ruso entraba en la parte oriental, en los países bálticos y en Finlandia. Hitler, como ya había hecho en el pacto con Polonia, rompió el acuerdo con Molotov al invadir la URSS en 1941, lo cual colocó a Stalin, de nuevo, en el bando de los aliados antifascistas.

Hay que sumar otro factor importante para explicar la complejidad de la situación y la perplejidad y división de la izquierda. Eliminada de modo brutal la oposición interna, Stalin persiguió a sus adversarios políticos, en particular a los seguidores de Trotsky, más allá de las fronteras de la URSS, sirviéndose del largo brazo de la NKVD y de la colaboración de los partidos comunistas, convertidos en apéndice de los delirios del Kremlin. Corrían tiempos, como escribe Bensaïd (*Trotskismos*, El

Viejo Topo, 2007), *de venenos y puñales, de infiltraciones y provocaciones, de liquidaciones y crímenes*.

Para desvelar el engaño que contenían los procesos de Moscú, en EEUU se formó una comisión de investigación promovida por Sidney Hook y presidida por el filósofo John Dewey, quien evolucionaría hacia la derecha anticomunista pero en aquel momento prestó su apoyo a la causa de Trotsky. En diciembre de 1937, la Comisión Dewey dio a conocer sus conclusiones: los procesos eran una farsa y los acusados, Trotsky y Sedov, no eran culpables de nada.

En este clima de persecución de disidentes, los partidos comunistas fueron constreñidos a actuar como policías del Kremlin, a depurar sus filas, defender el monolitismo y aplicar un dogma que cambiaba en horas. El dictador no podía consentir que una minúscula y recién creada organización le disputara la dirección del movimiento comunista internacional.

La fundación de la IV Internacional en 1938², para agrupar las exiguas fuerzas críticas con el estalinismo, provocó una nueva división en la izquierda, que se sumó a la ocurrida en los años veinte entre socialistas y comunistas, éstos ahora escindidos entre seguidores de Trotsky y seguidores de Stalin; entre quienes se preparaban para realizar una revolución permanente y quienes harían un permanente esfuerzo para sofocarla.

Estas vicisitudes afectaban a la izquierda de todo el mundo y, naturalmente, a la de Estados Unidos, en unos años en que a causa de la crisis crecía la agitación social, que, a pesar de la represión, estaría marcada por hitos como la gran marcha de parados a Washington, en 1932, desbaratada por el ejército al mando del general McArthur, y las grandes huelgas de 1934 y 1935, que incentivarían la afiliación sindical, desbordando a la moderada American Federation of Labour (AFL) y propiciando la fundación de CIO (Committee for Industrial Organization) en 1936.

Pero, si desde el punto de vista social, las consecuencias de la depresión sobre las condiciones de vida y trabajo de la población asalariada ofrecían un terreno favorable a la extensión de las ideas de la izquierda, desde el punto de vista político no era así. Las no siempre cordiales relaciones entre el moderado Partido Socialista de América (PSA) y el Partido Comunista de América (PCA) se hicieron más difíciles a causa de los continuos cambios de táctica de la Comintern, que en 1929 dictaminó que la crisis económica ofrecía condiciones propicias para acabar con el capitalismo en todo el mundo, razón por la

La Comisión Dewey dio a conocer sus conclusiones: los procesos eran una farsa y los acusados, Trotsky y Sedov, no eran culpables de nada.





Frida Kahlo, Trotsky, Marx Shachtman.



Shachtman con James P. Cannon.

cual había que preparar la revolución. Así, el moderado y más populista que obrero PSA, que no pretendía acabar con el sistema sino reformarlo, fue considerado por el PCA un esbirro del capitalismo y un enemigo. Pero en 1935, en el VII Congreso, la Comintern constató que no era posible una revolución mundial y señaló al nazi-fascismo como enemigo principal, cuya

derrota exigía la alianza de los partidos de izquierda y las fuerzas democráticas de la burguesía en los frentes populares. De este modo, el Partido Socialista se convertía en aliado. El PCA dio otro giro respecto al *New Deal*, que primero fue calificado de maniobra para salvar el capitalismo y luego fue defendido como una garantía contra el fascismo.

Respecto a la guerra, el PCA, atado por el pacto nazi-soviético, defendió la postura minoritaria de no intervenir en un conflicto en el que las burguesías de los países imperialistas dirimían sus diferencias enfrentando a sus respectivas clases de trabajadores, pero la entrada de las tropas alemanas en territorio soviético, en junio de 1941, le obligó a dar un giro copernicano y a sumarse a la corriente general con el argumento de que era preciso defender a la URSS y derrotar al fascismo. El ataque japonés a Pearl Harbor, en diciembre de ese año, reforzó la posición de sumarse a la defensa nacional, lo cual iba en detrimento de la postura internacionalista, que llegó al extremo de aceptar sin discusión la disolución de la Comintern, decidida por Stalin en 1943 para mejorar la relación con los aliados.

Con estos vaivenes, que mostraban una sospechosa docilidad respecto al Kremlin, el Partido Comunista era visto como un partido poco estadounidense, o incluso antiamericano, no sólo por el contenido de su programa, sino porque su actuación política venía dictada por un gobierno extranjero.

El intento de formar una oposición de izquierdas (trotskista) dentro del PCA se saldó con la expulsión, en septiembre de 1929, de James Cannon y Max Shachtman, que con Sidney Hook y un centenar de militantes fundaron la Liga Comunista de América. En 1934, ésta se unió al Partido de Trabajadores Americanos (American Workers Party) y formó el Partido de los Trabajadores de Estados Unidos (Workers Party of United States), pero éste sufrió los efectos de las orientaciones de Trotsky, que, ante la afluencia de obreros y estudiantes hacia el Partido Socialista



tras las huelgas de los años 1934 y 1935, ordenó a sus seguidores afiliarse a ese partido. Empero, la estancia de la corriente trotskista en el PSA fue breve, pues Shachtman y otros miembros fueron expulsados a finales de 1937. En enero de 1938 fundaron el Partido de los Trabajadores Socialistas (Socialist Workers Party), la organización más numerosa de la IV Internacional, constituida meses después.

Hook fue uno de los primeros desencantados. En 1939 fundó el Comité por la Libertad Cultural, que fue una de las organizaciones pioneras de lo que durante la guerra fría fue el Congreso para la Libertad de la Cultura.

Los principales animadores de la sección norteamericana de la IV Internacional fueron Cannon³, Burham y Shachtman, pero por su posterior evolución hacia la derecha nos interesan los dos últimos, para los cuales la URSS, tras invadir los países bálticos y Finlandia, se había convertido en un país imperialista. En abril de 1940, ambos, junto a un reducido grupo de militantes, dejaron el SWP para formar el Workers Party. Poco después, Burham lo abandonó y empezó a colaborar con la izquierda no comunista en la revista *Partisan Review*. En 1941 publicó *La revolución administrativa*, donde señalaba la importancia de los gestores en una época en la que los grandes sistemas económicos sufrían fuertes tendencias burocráticas. El libro tuvo buena promoción, porque la perspectiva tecnocrática favorecía el objetivo de erosionar las ideologías que propugnaban la lucha de clases. Similar respaldo obtuvo *El fin de las ideologías*, en el que Bell reducía el papel de las ideologías políticas como factor de movilización de las masas, en favor de la orientación tecnocrática de las élites políticas y culturales en una sociedad que cambiaba rápidamente, descrita luego como sociedad posindustrial. El mismo apoyo recibió *Los maquiavelianos: defensores de la libertad*, publicado en 1943, en el que Burham, siguiendo a Maquiavelo y a los críticos del liberalismo Mosca, Pareto y Michels, afirmaba que, por encima de cualquier planteamiento igualitario, la función dirigente estaba reservada a las élites.

Respecto a la URSS, Burham opinaba que era un tipo de



Irving Kristol.

sociedad distinto, ni capitalista ni socialista, dirigido por una nueva clase dotada de competencia técnica, que era la burocracia. Dedujo de ello que el antagonismo se situaba entre la vieja clase, la burguesía liberal y democrática, y una nueva clase, la burocracia autoritaria y colectivista, regresiva respecto a la anterior y a la que había que combatir. Durante la guerra colaboró con la OSS (Oficina de Servicios Estratégicos⁴), antecesora de la CIA, y luego con la propia Agencia apoyando la política anticomunista durante la guerra fría.

Burham era contrario a las medidas de contención de la URSS, que sólo podía ser momentánea, pues por su naturaleza era irreformable y no renunciaría a su último objetivo: acabar con el capitalismo en todo el mundo e instaurar una economía colectivista, partiendo del control de países de Europa y de Asia. Apostaba, por tanto, por destruir el imperio soviético antes que por contenerlo, y ante la derrota de sus tesis, apoyó medidas para evitar su expansión, como la intervención norteamericana en Vietnam y otros lugares.

En 1983 Reagan le concedió la Medalla de la Libertad. Murió en 1987, dos años antes de poder ver realizado su sueño: el hundimiento de la URSS.

Shachtman compartía muchas ideas de Burham, aunque tuvo una evolución más lenta. En 1946 asistió al II Congreso de la IV Internacional, en cuyas sesiones, marcadas por el desconcierto ante un mundo impensado que había desbaratado la expectativa revolucionaria, apareció una postura defendida por la viuda de Trotsky, Natacha Sedova, que solicitaba aban-



donar la defensa, aún matizada, de la URSS.

Shachtman abandonó la IV Internacional pero siguió manteniendo su antigua relación con Sedova. Juzgaba que el estalinismo era peor que el capitalismo y, sobre el telón de fondo del desamparo de los comunistas griegos por Stalin en 1947, de las rebeliones populares aplastadas en Berlín, en 1953, y en Hungría y Polonia en 1956, se orientó hacia el reformismo, postulando la entrada de sindicalistas y políticos de la izquierda no comunista en el Partido Demócrata. Colaboró con la AFL-CIO y con el demócrata conservador Henry Jackson, que presidía en el Senado la Comisión de las Fuerzas Armadas. Su anticomunismo le llevó a defender la invasión de bahía de Cochinos en Cuba y la guerra de Vietnam. Estando en el Partido Demócrata apoyó la candidatura de Nixon.

Los neocons en la guerra fría

Concluida la II Guerra mundial, *los neos* ayudaron al Departamento de Estado y a la CIA a poner en marcha la gigantesca operación de propaganda que acompañó al Plan Marshall, en la etapa más grande de la guerra fría.

El público *leit motiv* era defender la libertad de expresión, creación e innovación y desvelar las oscuridades del sistema soviético, especialmente la censura y los límites impuestas a la creación y a la experimentación, a los que son tan sensibles artistas e intelectuales, y fomentar el acercamiento cultural de las dos orillas del Atlántico a través de encuentros e intercambios entre creadores europeos y norteamericanos, con los que se buscaba difundir una concepción individualista de la cultura que primaba la expresión de los creadores ante el mercado, frente a la cultura políticamente dirigida desde el Estado.

El intercambio no podía ser más desigual, pues aunque Europa conservaba un riquísimo patrimonio artístico y una ingente tradición cultural, había sufrido las bárbaras arremetidas del nazismo y el fascismo en el ámbito intelectual y se hallaba devastada por la guerra, así que el llamado intercambio se convirtió más bien en un desembarco de creadores de EEUU, que deseaban quitarse cierto complejo de inferioridad provinciano rompiendo la dictadura emanada desde París, cuyos críticos habían mostrado un gran desdén por la producción artística norteamericana. La operación tuvo éxito: Nueva York se convirtió en la capital de la cultura y su Museo de Arte Moderno (MoMA), en la catedral del arte contemporáneo, que

desde mediados del siglo XX dictaría el canon de las artes con el mismo desdén con que lo había hecho París.

El objetivo político de la operación no era sólo combatir la propaganda soviética realizando otra en sentido contrario, sino actuar de forma positiva difundiendo los valores del credo individualista norteamericano en Europa, donde las estructuras sociales y las tradiciones culturales habían permitido el nacimiento de las doctrinas colectivistas. Se trataba, en suma, de debilitar, en el continente que era la cuna del comunismo, la influencia política y social de la izquierda, desterrar el marxismo del ámbito académico y cultural, mermar el papel de los sindicatos de clase, combatir la influencia de los partidos comunistas y apartar a los intelectuales occidentales más influyentes de la seducción revolucionaria, brindándoles un modo de percibir el mundo acorde con el norteamericano.

El órgano principal para coordinar los fondos y las actividades fue el Congreso para la Libertad de la Cultura, que, desde Berlín y luego desde París, funcionó entre 1950 y 1967 para conseguir que el siglo XX fuera *el siglo americano*, como había solicitado el republicano Henry Luce, editor de *Life* y *Time*. El Congreso mantuvo delegaciones en 35 países y numerosas plataformas⁵. Una de ellas sirvió de tapadera para poner en marcha Radio Europa Libre y en España⁶, Radio Liberty.

En el Congreso para la Libertad de la Cultura, Hook jugó un papel destacado, pues una de sus asociaciones pioneras fue el antiestalinista Comité por la Libertad Cultural, fundado por él en 1939. Fundado ya el Congreso, Hook perteneció a su Comité Norteamericano, del que Kristol era director ejecutivo. Fue, así

mismo, uno de los peones empleados por la CIA para hacer fracasar la Conferencia Científica y Cultural por la Paz Mundial, celebrada en el Hotel Waldorf Astoria de Nueva York, en marzo de 1949, auspiciada en secreto por el Kominform y públicamente promovida por comunistas norteamericanos⁷.

Con los artículos “¡Herejía, sí, ¡Conspiración, no!” y “Peligros de la vigilancia cultural”, Hook criticó por poco discretas las paranoicas investigaciones del senador McCarthy, pero

alentó la búsqueda de comunistas en las instituciones, confiada a entidades privadas, pues si el Gobierno norteamericano intervenía para vigilar a los ciudadanos se asemejaría al régimen soviético.

Una vida entregada a la defensa de los valores de la guerra

En 1983 Reagan concedió la Medalla de la Libertad a James Burham. Éste murió en 1987, dos años antes de poder ver realizado su sueño: el hundimiento de la URSS.

fría le hizo merecer la Medalla de la Libertad, que el entregó Ronald Reagan en 1985.

En la colosal operación que fue el Congreso, la CIA y el servicio secreto británico (IRD) habían detectado la debilidad del anticomunismo intelectual en Gran Bretaña. Los británicos apoyaban *Tribune*, aunque no acababa de cumplir las expectativas, en tanto que la CIA utilizó diversas revistas, incluso financió, salvándolas de la quiebra, revistas de izquierda, pero en el continente europeo seguía faltando una revista de centro izquierda, moderadamente anticomunista, que combinara los artículos artísticos y culturales con los temas políticos. Así surgió *Encounter*, cofinanciada por la CIA y el IRD, en la que Irving Kristol, que había dirigido *Enquiry* y luego *Commentary*, era realmente el ideólogo de la publicación, la cual contó con la colaboración de primeras figuras de la cultura europea, desde su aparición en octubre de 1953.

Los necons y el 68

En los años sesenta, muchos neoconservadores apoyaron la extensión de los derechos civiles a la población de color, pero no encontraron fundamento a las movilizaciones y protestas promovidas por las nuevas generaciones de la izquierda. Como otros críticos de aquella década, rechazaron las razones de la rebelión juvenil y la insubordinación de los nuevos movimientos sociales, cuyas demandas les parecían insólitas exigencias en un país liberal y democrático como Estados Unidos, y menos legítimas aún si se efectuaban en nombre de valores que sostenían regímenes dictatoriales en otras partes del mundo.

Repudiaron el negativo retrato que mostraba a Estados Unidos como un país racista, machista, imperialista y violento, que sostenía crueles dictaduras, tanto como el pesimismo y la desconfianza en los valores nacionales suscitados por los sectores más críticos de los movimientos.

Podhoretz afirmaba que la crítica al capitalismo carecía de justificación, y la mayoría de sus correligionarios estaba convencida de que tanto los pacifistas como los jóvenes radicales minimizaban la amenaza comunista porque no eran capaces de percibir la naturaleza agresiva de la Unión Soviética. Howe, que se mantendría en una izquierda más moderada, fue igualmente crítico con la Nueva Izquierda, pues hallaba su radicalismo falto de razones consistentes.

A Glazer le conmovieron los sucesos de los años 60, en parti-

cular el rechazo de la *Black Power* a integrar a la población negra en la sociedad de los blancos, pues él había sostenido que EEUU ofrecía a las minorías diferentes vías para asimilarse. Mostró también su escepticismo ante los programas asistenciales de la *Gran Sociedad* y la acción afirmativa (discriminación positiva), propuestos por los gobiernos demócratas.

Desde su fundación en 1965, Kristol fue el principal animador de la revista *The Public Interest*, desde cuyas páginas se arremetía contra los programas de la *Gran Sociedad* de Johnson. Apoyándose en las ventajas del Estado mínimo, en el individualismo y en el espíritu emprendedor americano, se argumentaba que fomentaban el parasitismo social, impedían la autonomía de sus beneficiarios y, a largo plazo, reforzaban los efectos que pretendían combatir.

En 1968, Kristol expuso las razones de su ruptura con la izquierda en una serie de artículos publicados en *The New York Times* con el título de "Memorias de un luchador de la guerra fría". En 1983, en *Reflexiones de un neoconservador*, explicaría la evolución de los antiguos izquierdistas hacia la derecha con el siguiente argumento: *Un neoconservador es un hombre de izquierda que ha sido agredido por la realidad.*

Refiriéndose a sus años de izquierdismo, indicaba en una entrevista: *Hicimos mucho daño. Nos equivocamos en montones de cosas, no en todo. En los últimos treinta años de mi vida, he tratado de deshacer el daño que hicimos.*

En 1979 publicó *Rompiendo filas*, unas memorias políticas en las que explicó su adscripción y su renuncia al radicalismo de izquierdas y cómo y por qué lo abandonó. El libro tuvo su continuación, en el año 2000, en *Ex Amigos*, donde señaló los motivos de su ruptura con Allen Ginsberg, Lillian Hellman, Norman Mailer, Lionel Trilling y Hanna Arendt.

Se calificaba de patriota americano o neonacionalista: *Era el redescubrimiento de los valores y virtudes de la sociedad estadounidense (...) Nuestros ex amigos de la izquierda eran antiamericanos. Decían no sólo que los EEUU estaban podridos y que sólo podían ser salvados mediante una revolución, sino que eran la principal causa del mal en el mundo y el principal enemigo de los pobres y los oprimidos en todas partes.*

Otro referente importante del neoconservadurismo fue Albert Wohlstetter⁸, el estratega de la disuasión nuclear, contrario a la política de contención de la URSS y a los acuerdos de limitación de armamento, que, según él, ataban las manos a EEUU y beneficiaban a los soviéticos.

El Congreso para la Libertad de la Cultura, desde Berlín y luego desde París, funcionó entre 1950 y 1967 para conseguir que el siglo XX fuera el siglo americano.





Koestler y Burham en el Congreso por la Libertad de la Cultura.



Sidney Hook tiene la palabra en la inauguración del Congreso.

En el artículo “El frágil equilibrio del terror”, publicado en 1959, demolía la idea de que la mutua destrucción asegurada por el equilibrio atómico ofreciera seguridad, pues la verdadera disuasión estaba en la posibilidad de responder con contundencia después de haber sido atacados. Pero los ataques no debían dirigirse contra población civil sino contra instalaciones estratégicas, pues un país democrático no podía matar ino-

centes, ni siquiera como respuesta; eso podría esperarse de la URSS por su naturaleza, pero no de Estados Unidos. Con la URSS no había paridad posible: podía haber simetría en armamento nuclear, pero nunca paridad moral. En consecuencia, EEUU debía dotarse de armas de gran precisión para emplearlas contra objetivos estratégicos. Dada la escasa confianza que le merecía la disuasión, proponía montar un escudo aéreo antimisiles, que sería la base de la Iniciativa de Defensa Estratégica –*Stars war*– puesta en marcha por Ronald Reagan.

Con esas ideas formó un comité en el que figuraban dos jóvenes meritorios, Richard Perle y Paul Wolfovitch, que estaban siendo educados en los princi-

pios de la guerra fría. Ambos fueron captados por el equipo del senador demócrata Henry Jackson para criticar la doctrina realista de la contención, defendida por Kissinger, con el argumento de que los rusos simulaban aceptar el equilibrio nuclear pero realmente pretendían alterarlo en su favor. Estos, junto con Pat Moynihan, Jeanne Kirkpatrick, Ben Waterberg y Elliot Abrams, entre otros, formaron parte de la oposición interna del Partido Demócrata durante el mandato de Carter y luego apoyaron la candidatura de Reagan, en cuyos mandatos, seguidos del de Bush padre, las ideas de los *neocons* contribuyeron a poner en marcha la llamada *revolución conservadora*. En los años venideros la sociedad norteamericana estaría sometida a la contradictoria influencia de valores cristianos, neoconservadores y neoliberales.

La revolución conservadora

Además del persistente esfuerzo de los conservadores por restaurar la hegemonía republicana y de cambios en la situación internacional, el triunfo de Reagan fue posible por la conjunción de factores como la desorientación generada por la resaca de los agitados años sesenta y los cambios habidos en la sociedad, la conmoción por los asesinatos políticos de John y Robert Kennedy y de Luther King, entre otros, en una década





Podhoretz.

muy violenta, los escándalos (Watergate, Papeles del Pentágono, Informe Church), el desgaste del Partido Demócrata por la gestión de la guerra de Vietnam, la defensa de los derechos civiles y el aumento de los gastos sociales, la recesión económica arrastrada desde principios de los años setenta y la derrota en Vietnam, un hecho difícil de comprender y duro de asimilar para muchos norteamericanos, que con lo anterior generó una crisis de identidad.

¿Qué somos? se preguntaban muchos ciudadanos confundidos. Y la respuesta de los conservadores fue: seamos lo de siempre, reafirmemos los valores de siempre, los

objetivos de siempre; somos la nación afortunada y tenemos una misión que cumplir en el mundo: cumplámosla. De este modo, si los años sesenta fueron una reacción a los años de la guerra fría, los años ochenta fueron la reacción a los efectos de los sesenta y a las indefiniciones políticas de los setenta.

Pero el discurso moral del *reaganismo* era contradictorio con su práctica económica. El conservadurismo, como moral, es aglutinante y conformador, porque defiende los valores de la comunidad, en especial los de la familia y la nación, y apuesta por la estabilidad de la sociedad a largo plazo. Tales eran las ideas de escritores como Kristol y Podhoretz, para los cuales la crisis social era, sobre todo, una crisis moral, suscitada en buena parte porque el Gobierno había alentado el hedonismo y la permisividad que atentaban contra los valores familiares, patrióticos y religiosos. Mientras que el neoliberalismo, impelido por la lógica económica, actúa de forma contraria: es dinámico y transformador, porque destaca la personalidad del individuo por que busca el éxito personal en los negocios y la máxima rentabilidad del capital a corto plazo. No defiende la comunidad, sino que la deshace cuanto sea preciso tratando de encontrar o de formar a los sujetos que mejor se adapten a las necesidades del mercado.

A lo largo de casi cuatro décadas la sociedad norteamericana ha sufrido la persistente propaganda de los defensores de los fetos y la cámara de gas, de los portadores de banderas, de los amigos del rifle, de los partidarios del *todo privado*, especialmente el Gobierno, y de la agresiva proyección al exterior. Y ha quedado marcada profundamente por la arbitraria mezcla de valores como la defensa de la familia, la presencia de la religión en la vida pública, el rezo en las escuelas, la penalización del aborto, el derecho a poseer armas de fuego, la pena de muerte, la rebaja de impuestos, la libre empresa, la privatización de servicios, la desregulación económica y financiera, el Estado mínimo y el empresariado máximo. Entre los mitos más consistentes de esa etapa hay que destacar el del mercado, consi-

Pero el discurso moral del reaganismo era contradictorio con su práctica económica.

derado el principal eje de la sociedad por su apolítica capaci-



dad reguladora, devenido además en un paradigma sociológico que ha desplazado a paradigmas históricos o naturales a la hora de describir, o peor aún, de prescribir el comportamiento humano.

Sin embargo, las prédicas para preservar la familia patriarcal, la tradicional relación entre los sexos, asistir semanalmente a la iglesia, llevar una vida austera y virtuosa y conservar las buenas costumbres, propias de la periclitada moral del pionero, se han estrellado contra el individualismo patológico que ha creado el mito del sujeto libre que, en el mercado desregulado y competitivo, alcanza el triunfo personal, expresado en la rápida obtención de fama, poder y riqueza. Es el sujeto egoísta, que lleva a cabo sus planes sin atender otras razones; el individuo que se adora a sí mismo y cree estar por encima de los demás y, por la alabada competencia, contra los demás, a los que aspira a vencer. Es el triunfador, el sujeto que estima que se ha hecho a sí mismo y a nadie debe lo que considera su éxito; que se reputa, por tanto, mejor que el resto y merece lo que ha obtenido— merecen las desventajas que padecen por su propia ineptitud. La *revolución* conservadora ha ofrecido a la sociedad un tipo de persona que es un esperpento humano, pero que mucha gente ha tomado como el modelo más adecuado

para dar sentido a su vida.

Paradójicamente, la compulsiva persecución del interés particular sobre otras razones ha debilitado valores morales que son necesarios para mantener algún remedo de cohesión social e incluso el funcionamiento del mercado, pues como se ha visto obligado a reconocer el ex presidente de la Reserva Federal, Alan Greenspan, para explicar las causas de la crisis financiera, la codicia se ha enseñoreado de la actividad económica y ha contribuido a

llevar el sistema a la bancarrota.

La *revolución conservadora* ha logrado imprimir en la sociedad norteamericana, y en otras, por añadidura, ciertas lógicas perversas que son necesarias para asegurar su permanencia: ha exaltado al individuo sobre, o incluso contra la comunidad; los intereses particulares sobre los intereses colectivos; lo privado y exclusivo sobre, o mejor, contra lo público y compartido; la economía sobre la política; el mercado sobre el Estado—, la dictadura de los consejos de dirección de las grandes empresas sobre la representación democrática de los ciudadanos, la posición unilateral sobre la multilateral, la imposición sobre el acuerdo y el uso de la fuerza militar sobre la diplomacia. Lógicas que costará mucho tiempo y esfuerzo transformar en otras más favorables al desarrollo de una sociedad verdaderamente humana ■

¿Qué somos? se preguntaban muchos ciudadanos confundidos. Y la respuesta de los conservadores fue: seamos lo de siempre.

Notas

1. En la lista habría que incluir a Edward Shils, Robert Nisbet, Philip Selznick, Seymour M. Lipset, Marvin Meyers, Peter Rossi, Martin Diamond, Herbert Garfinkel, Jerry Kaplan, Gertrude Himmerfalb o Midge Decter.
2. La IV Internacional se fundó en los alrededores de París, el 3 de septiembre de 1938, por 22 delegados de 11 países, que representaban a unos 5.000 militantes en todo el mundo. Adoptó como documento principal el llamado Programa de Transición, que establecía las tareas de los revolucionarios ante un capitalismo calificado de agonizante.
3. James P. Cannon (1890-1974) provenía del sindicalismo revolucionario de los “wobblies” (afiliados al Industrial Workers of the World), fue fundador del PCA, del que fue expulsado por defender las posiciones de Trotsky. Fue secretario del Partido de los Trabajadores Socialistas (SWP) hasta 1952. Durante el resto de su vida permaneció en la IV Internacional.
4. La Oficina de Servicios Estratégicos (Office of Strategic Services, OSS) se fundó en 1941, a raíz del ataque a Pearl Harbor, y se disolvió al acabar la guerra en el Pacífico, en septiembre de 1945.
5. En la Cruzada por la Libertad, una de estas plataformas, colaboró el actor Ronald Reagan recaudando fondos.
6. Como parte del acuerdo con Franco, el Gobierno yanqui instaló en la provincia de Gerona Radio Liberty, que funcionó desde 1955 hasta 2001.
7. Véase el capítulo 3. *Marxistas en el Waldorf*, del libro de Stonor Saunders: *La CIA y la guerra fría cultural*.
8. Entrevista con Harry Kreisler, Universidad de Berkeley, 6 de abril de 1999. Ver A. Frachon y D. Vernet: *La América mesiánica*, Barcelona, Paidós, 2006.
9. Albert Wohlstetter, historiador y experto en inteligencia y estrategia. Vinculado durante la guerra a la industria militar, asesor y analista de la Rand Corporation y de diversos organismos gubernamentales. Ronald Reagan le impuso la Medalla de la Libertad en 1985.

